

Delito de opinión

40
POR JOSÉ LUIS GONZÁLEZ

PAVEL KOHOUT, LA PRIMAVERA DE PRAGA Y EL SOCIALISMO

El poeta y dramaturgo Pavel Kohout pertenece al notable grupo de escritores checos y eslovacos —Milan Kundera, Josef Skvorecky, Ludvík Vaculík, Ivan Klíma, Václav Havel y tantos otros cuyas obras dieron expresión al gran movimiento de recuperación social, política y cultural que el mundo conoce desde 1968 como la "Primavera de Praga". En lenguaje igualmente metafórico, pero más cargado de realidad históri-

-KOHOUT P, CHECOSLOVAQUIA

-CHECOSLOVAQUIA, KOHOUT P

BLITE



ca, Jean-Paul Sartre lo definió como la lucha contra "el socialismo que vino del frío".

Si hoy escribimos sobre Pavel Kohout es porque el atropello que las actuales autoridades de Praga acaban de cometer en su persona al impedirle regresar a su país después de haberlo autorizado a permanecer durante un mes en Viena, constituye un lamentable episodio más del regreso del socialismo checoslovaco al "frío" de que hablaba Sartre. Ese "frío", como nadie ignora, fueron los veinte años de régimen prefabricado, burocrático y totalitario que el stalinismo les infligió a los pueblos de Checoslovaquia en nombre de la democracia popular primero y del socialismo después. Por ello conviene mucho precisar, para no sumarnos despreciosamente al coro de "defensores" reaccionarios de la Primavera de Praga, la verdadera naturaleza de la tragedia del socialismo checoslovaco durante los últimos treinta años y la lección que esa tragedia encarna para quienes seguimos viendo en el verdadero socialismo la más alta aspiración de la humanidad en nuestro tiempo.

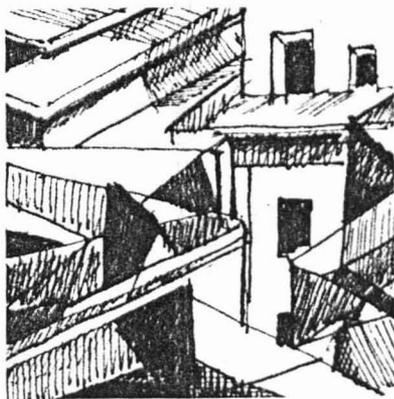
Digan lo que digan los sedicentes defensores de un socialismo en el que por principio no creen, febrero de 1948 representó una victoria histórica de la clase obrera checoslovaca en su larga lucha contra una bur-

guesía "nacionalista" que en 1918, a raíz de la derrota del Imperio Austro-húngaro en la primera guerra mundial, instauró una república auspiciada por el capitalismo inglés, francés y norteamericano, y que en 1938, abandonada por sus protectores y aliados "democráticos" en Munich, capituló ignominiosamente frente al fascismo alemán. El triunfo electoral del Partido Comunista en 1946 y el colapso de los partidos burgueses en 1948, cuando no quedaba un solo soldado extranjero en Checoslovaquia, no se debieron, como en parte al menos fue el caso en otros países de Europa oriental, a la presencia del ejército soviético en el territorio nacional. Se debieron —y sólo por ignorancia o por mala fe puede afirmarse lo contrario— a que la clase obrera y la mayor y mejor parte de la intelectualidad checoslovaca vieron en los comunistas la única alternativa válida frente a las fuerzas políticas de una burguesía irremediadamente desprestigiada por su pasado capitulador y por su indisimulada oposición a las transformaciones sociales que la nueva situación histórica hacía impostergables. No advirtieron las masas y los intelectuales progresistas checoslovacos en aquel momento —porque era más que difícil advertirlo inmediatamente después del heroico comportamiento de los comunistas frente al invasor alemán y de la liberación del país por el ejército soviético— que el Partido Comunista Checoslovaco, como los del resto del mundo, era incapaz de actuar con un mínimo de autonomía respecto del Estado soviético brutalmente deformado por el stalinismo. La insurgencia yugoslava en el mismo año en que los comunistas checoslovacos desplazaron definitivamente a la burguesía del poder, no alcanzó a despertar en el pueblo checoslovaco la conciencia de su propia situación de dependencia absoluta en relación con la burocracia estatal soviética. Pero la dinámica misma del proceso histórico, muy señaladamente en su aspecto económico, determinó que la disidencia "titoísta" (que por otra parte tampoco significó una verdadera ruptura con el modelo stalinista porque mantuvo el poder político en manos de un grupo privilegiado que se apoya en una organización centralizada) se reprodujera en el seno de la dirección comunista checoslovaca. La sangrienta purga de 1951, dictada desde Moscú, eliminó físicamente al sector autonomista del comité central, encabezado por su secretario general Rudolf Slánsky; pero al mismo tiempo logró lo que no había logrado directamente el ejemplo yugosla-

vo: el comienzo de la erosión de la confianza de las masas en el equipo gobernante. Cinco años más tarde, el "informe secreto" de Nikita Jruschov al XX Congreso del PCUS y la insurrección húngara acabaron de disipar las últimas dudas sobre la verdadera naturaleza del régimen instaurado en 1948.

Pero aquí se impone una precisión importantísima a fin de no deformar la significación real de esos acontecimientos y sus consecuencias. Con más claridad aún que en el caso de Hungría, el repudio popular a la arbitrariedad staliniana no se expresó en una toma de posición contrarrevolucionaria por parte de ningún sector considerable de la población, sino, muy por el contrario, en un poderoso movimiento de oposición dentro del propio Partido Comunista y las organizaciones de masas: sindicales, estudiantiles, etc. La Unión de Escritores, al igual que en Hungría y por las mismas razones, se convirtió en el portavoz más consecuente y franco de la oposición democrática. Así, mientras *Rudé Právo*, el esclerotizado órgano oficial del comité central del partido, veía decaer sin pausa su circulación, la revista de los escritores, *Literární Noviny*, agotaba sus ediciones en unas cuantas horas. Lo mismo sucedía con las obras de los escritores conocidos por su posición antiburocrática. No había en ello, realmente, nada de inusitado: las literaturas checa y eslovaca han sido desde siempre el vehículo más elocuente e insobornable de las aspiraciones nacionales y populares frente a toda opresión e injusticia. No tuvo el despotismo austrohúngaro adversario más escuchado y reconocido por su propio pueblo que el cuentista y novelista Broslov Hasěk, autor del clásico popular por excelencia de la literatura checa: El buen soldado Schweik; no conoció la explotación capitalista bajo la república burguesa crítica más elocuente que Ján Olbracht, autor de esa conmovedora y bella novela social que es Ana la proletaria; no existe mejor testimonio de la resistencia checoslovaca contra el fascismo que el Reportaje al pie del patíbulo del escritor Julius Fucík. Y no es accidental ni mucho menos que Hasěk haya sido socialista ácrata y Olbracht y Fucík comunistas.

Cuando en mayo de 1968 el pueblo checoslovaco, encabezado por la clase obrera y la indiscutible mayoría de los militantes comunistas, dio al traste con el régimen stalinista e



inauguró la democracia proletaria por la que había votado veinte años antes, todo ello sin que se derramara una gota de sangre ni se efectuara un solo arresto, fueron los escritores, de nueva cuenta, los exponentes más persuasivos de la aspiración general a un "socialismo con rostro humano". Mi solidaridad política y moral con esa aspiración es demasiado conocida —sobre todo por cierta izquierda latinoamericana que no acaba de entender que su lucha contra el capitalismo y el imperialismo no tiene por qué cegarla frente a las duras realidades de un socialismo desnaturalizado— para que pueda extrañar o sorprender a alguien. Pero tal vez convenga explicar que esa solidaridad se funda no sólo en una insoslayable cuestión de principio, sino además en un conocimiento íntimo del proceso histórico checoslovaco de las tres últimas décadas. Los tres años que viví en ese país, de 1950 a 1952 y de 1961 a 1963, y mi sostenido interés en la historia y la cultura de los pueblos que lo integran, me autorizan supongo, a pensar y opinar sobre Checoslovaquia desde dentro.

Desde adentro, en efecto, viví las esperanzas y las frustraciones, los triunfos y las derrotas del primer período de un experimento revolucionario sobre el cual pueden y deben decirse muchas cosas, pero en modo alguno despacharlo como el resultado intrínsecamente malsano de un "golpe", un "putsch" o una "usurpación" ejecutada por una pandilla de conspiradores desalmados. Desde adentro viví la purga staliniana que envió a la horca a un contingente de comunistas abnegados y leales; pero también desde adentro viví la determinación y el esfuerzo de una clase obrera ejemplarmente decidida a liquidar la injusticia esencial e irreformable del capitalismo. Desde adentro volví a vivir, durante mi segunda estancia en el país, las vicisitudes del gran proceso rectificador que había de desembocar en la Primavera de

Praga. Desde afuera, físicamente al menos, viví con dolor y cólera el aplastamiento injustificable y brutal de esa primavera proletaria y democrática.

Pero ni el dolor ni la cólera, por legítimos e irrenunciables que sean, pueden orillarme a la irreflexión ni al escepticismo estériles. La lucha por el socialismo nunca se concibió sin derrotas, pero durante mucho tiempo los socialistas sólo concibieron las derrotas como descalabros infligidos desde el exterior por el enemigo de clase. Lo que hemos descubierto ahora es que las derrotas pueden provenir también, y con consecuencias tal vez más devastadoras y difíciles de superar, del seno mismo de la lucha por el socialismo, como resultado históricamente inevitable de nuevas contradicciones que ponen a prueba una vez más la capacidad del hombre para labrarse un destino que conjugue auténticamente la libertad con la justicia. Fuera del hombre mismo, vale decir fuera de la sociedad humana, no existe ninguna garantía de triunfo "final" que nos permita renunciar a la lucha permanente contra los obstáculos previstos e imprevisibles que nunca dejarán de desafiarnos en el reino de este mundo.

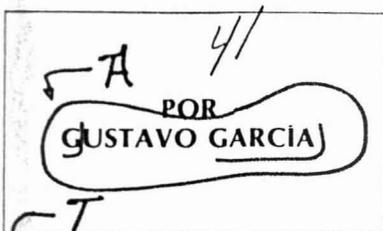
Por eso y por todo lo que eso implica como compromiso irrevocable con la realidad, cuando levanto mi voz en defensa del derecho de Pavel Kohout a vivir y escribir con libertad en su país, lo que defiende en primera y última instancia es el derecho a luchar en todas partes por el verdadero socialismo, el de rostro y entraña cabalmente humanos.

Post scriptum: En el momento de entregar estas líneas a la imprenta, nos llega la noticia de que el escritor Václav Havel y otros cinco ciudadanos checoslovacos han sido sentenciados a varios años de cárcel por su actividad en favor de la democratización del régimen político de su país. Los partidos comunistas más importantes de Europa occidental —el italiano, el francés, el español y el belga,



entre otros— han condenado este nuevo proceso de Praga como “una aberración que ofende y hiere al socialismo”. Era lo menos que podían decir, pero lo han dicho. Quienes callen ahora tendrán que responder algún día por su silencio.

Cine



ENSAYO DE UN CRIMEN

Sólo de un modo ingenuo y, en gran medida, irresponsable, se puede aislar a Hollywood del resto del quehacer político y cultural norteamericano; si bien se ha desarrollado como una entidad autónoma con su mitología, métodos de promoción y eliminación de personas y esquemas, cualquier análisis serio demuestra su obvia relación con grupos de poder e instituciones claras y avasalladores. Industria política, ideológica, ha permitido, en sus mejores épocas, ciertos grados de crítica y disenso, siempre que no rebasen los límites impuestos por la moral pública (tanto sexual como política).

Quienes transgreden el código y mantienen su actitud, son destruidos de diversas maneras, pero sólo en la actriz Frances Farmer (1914-1970) la represión incluyó a los estudios de Hollywood, las organizaciones fascistas de Estados Unidos y a los más importantes miembros de los aparatos judicial y psiquiátrico del país.

BCINE

Es inútil buscar datos sobre Frances Farmer en las enciclopedias de cine; actriz de diecisiete films, la mayor parte de ellos para la Paramount, su nombre ni siquiera consta en los archivos de ese estudio, de donde

41



fue borrado cuidadosamente. De hecho, fue hasta 1978 cuando se dio a conocer la magnitud de la tragedia de Francis Farmer, gracias a una espléndida investigación hecha por William Arnold y que se publicó bajo el título de *Frances Farmer Shadowland* (Jove, 1978, Nueva York).

Nacida en la ciudad de Seattle, Washington, el mismo día en que la policía reprimió, ahí mismo, a cientos de “wobblies” (obreros afiliados a la Industrial Workers of the World), vivió desde la infancia en un ambiente conflictivo. Seattle era el centro de la agitación proletaria estadounidense, fomentada por la IWW; muchas grandes batallas del movimiento obrero de esa década (tan bien caracterizada, en ese sentido, en la biografía de John Reed hecha por Robert A. Rosenstone) se dieron en Seattle y sus alrededores: en noviembre de 1916, un grupo de wobblies fueron expulsados de la ciudad en una lancha fluvial, y al intentar desembarcar en Everett fueron recibidos a balazos (eso se conoce, desde entonces, como “la masacre de Everett”). Dos años después, la IWW realizó ahí la primera y última huelga general en Estados Unidos. En el bando opuesto estaban agrupaciones fascistas como los Vigilantes Americanos de Washington y la Legión Americana, que en 1919 colgaron y castraron el líder obrero Wesley Everest.

De modo semejante estaba dividido el hogar de Frances: su padre era un tímido abogado liberal, simpatizante de la IWW, y su madre era una Vigilante, rebiosa anticomunista y patriota hasta el extremo de querer cruzar tres razas de gallinas y gallo (una roja, uno blanco y una “andaluza azul”) para obtener un pollo tricolor que llamaría “Ave americana”. Frances era una niña solitaria, concentrada en la lectura de poemas y textos filosóficos; a los diecisiete años escribe un ensayo escolar, “Dios muere”, influida por Nietzsche,

con el que gana un concurso estatal y provoca un escándalo que alerta a los grupos de derecha contra “la destrucción de valores en nuestras escuelas”. Al ingresar a la universidad, participa en los grupos teatrales escolares, donde la influencia de las experiencias teatrales soviéticas era inmensa. Los Vigilantes desataron una campaña contra la “comunización” de la cultura, asaltando librerías, quemando libros y demandando al FBI que arrestara a cualquier izquierdista.

Frances participa pública y destacadamente en actos antifascistas y, para terror de su madre, gana un concurso organizado por un periódico comunista de Seattle. El premio es un viaje a Moscú. La madre declara que los comunistas han lavado el cerebro de Frances, mientras ésta es recibida como huésped de honor por las autoridades rusas; se maravilla del vigoroso movimiento teatral del país y opta por ser actriz seriamente. De vuelta en Estados Unidos, un amigo la lleva a las oficinas de la Paramount en Nueva York, le hacen una prueba y es enviada inmediatamente a Hollywood.

Su carrera cinematográfica fue convencional: tras filmar algunas comedias baratas y mediocres, recibió su gran oportunidad en 1936 como la herina de *Rhythm on the Range*, de Norman Taurog, con Fred Astaire; al año siguiente estelarizó *Toast of New York* con Cary Grant y *Come and Get It* de Howard Hawks; los comunistas la calificaron como “la respuesta norteamericana a Greta Garbo y Marlene Dietrich”. Hace dos films más por compromiso y vuelve a Seattle. Cuando salió, en 1934, era casi una apastada social; ahora se le homenajeaba como una “estrella” y era recibida por las autoridades políticas.

En Nueva York ingresa al Group Theatre, para el cual actúa en *At Mrs. Beans*, *El bosque petrificado* y *Golden Boy*, mientras inicia un romance con el autor de ésta última,